

20. El máximo cuidado universal

Esta mirada de compasión, esta consideración misericordiosa que Cristo nos enseña, con la que Cristo nos mira siempre, debe llevarnos a su vez a no olvidarnos de mirar a Cristo, evitando entristecerlo con nuestra distracción e ingratitud. Él nos mira, Él nos cura. Y nosotros, ¿Lo miramos? ¿Cuidamos de Él?

Hablando de consideración, san Benito nos educa para cuidar de los hermanos y hermanas con los ojos fijos en Jesucristo presente en ellos. Cuando se tiene la conciencia de que en el prójimo está Jesús, cuando estamos atentos a él en el hermano, en la hermana, para san Benito es como si ya se cumpliera con el cuidado que debemos tener los unos para con los otros y con todos. San Benito llama al abad, al ecónomo, al enfermero, al hospedero, a los ancianos espirituales, a toda la comunidad, a cuidar del prójimo, en el ámbito de la propia responsabilidad y en toda ocasión. Pero no entra demasiado en detalles sobre cómo se debe cuidar de todos. La Regla no nos da tratados de medicina, de psicología, de acogida, de gestión económica, de formación de los jóvenes, etc. Todo esto, como dice Jesús, lo hacen también los publicanos y los paganos (cfr. Mt 5,47). La mirada sobre la persona es la que cambia el cuidado que estamos llamados a ofrecer. Y la novedad de esta mirada es la de reconocer a Jesús en cada hombre, sobre todo en el que tiene más necesidad de cuidado y de amor.

Por esto, san Benito pide al abad, a la comunidad, al ecónomo, un “cuidado ante todo y sobre todo – *ante omnia et super omnia*”, un “cuidado máximo – *cura maxima*”, por ejemplo para con los hermanos enfermos (RB 36,1.6.10). Simplemente porque Jesús ha dicho: “Estaba enfermo y me visitasteis” y “Lo que hicisteis con uno de estos mis pequeños (*minimis*) hermanos, conmigo lo hicisteis” (RB 36,2-3; cfr. Mt 25,36.40).

El abad debe tener, incluso con un rebaño indisciplinado, un “cuidado universal – *universa cura*” (RB 2,8), es decir, un cuidado en el que gaste todo, todas las fuerzas, todos los medios, para salvar a las ovejas.

No quiero alargarme sobre esto, porque lo esencial es la conciencia de que toda la novedad del cuidado cristiano del prójimo es la intensidad de atención y solicitud que debería suscitar en nosotros el reconocimiento de Cristo, la fe en su presencia que nos pide amor desde lo profundo de la miseria humana que Él ha abrazado en la Cruz.

Santa Teresa de Calcuta ha vivido toda su vida y misión escuchando en los más pobres, y todos aquellos con los que se encontraba, el grito de Jesús en la Cruz “¡Tengo sed!” (Jn 19,28). Y el “máximo cuidado”, el “cuidado universal” que tuvo, estaba todo él movido por aquel grito, era todo él respuesta a aquel grito.

Cuando se cuida así del prójimo, no se le da solo el cuidado que necesita en un momento, sino, misteriosamente, se le da también a Cristo, el encuentro con Él dentro de la miseria que vive, dentro de la fragilidad que vive. Se le ayuda también a él a reconocerlo presente en su vida, en su corazón, en su sufrir y en su deseo de salvación. Como hemos visto para los enfermos: también ellos, escribe san Benito, deben ser ayudados a reconocer a Jesús presente en sí mismos, y a encontrar en esto una plenitud que les ayude a no lamentarse de todo: “Pero piensen también los enfermos, por su parte, que se les sirve así en honor a Dios, y no sean impertinentes por sus exigencias caprichosas con los hermanos que les asisten” (RB 36,4). Pero si los enfermos no alcanzan a reconocer esto, es necesario seguir sirviéndoles con paciencia, porque solo el “máximo cuidado” de Cristo en ellos puede ayudarles a reconocerlo (cfr. 36,5-6).

Todo esto nos recuerda que lo que nos hace verdaderamente misericordiosos, lo que nos hace verdaderamente capaces de cuidar del otro, que supera nuestras fuerzas, nuestros sentimientos, y la medida de nuestro amor, es el camino educativo que la Iglesia y san Benito nos ayudan a hacer para no anteponer nada a Cristo. Si queremos crecer en la capacidad de cuidar del otro, de ser “prójimo”, de ser “buen Samaritano” de los demás, hemos de empezar y volver a empezar siempre del “no anteponer nada al amor de Cristo” (RB 4,21).

Este instrumento de las buenas obras del capítulo 4 de la Regla, san Benito lo pone de forma significativa como culmen y resumen de una lista de obras de misericordia corporales y espirituales.

“Aliviar a los pobres,
vestir al desnudo,
visitar a los enfermos,
dar sepultura a los muertos,
ayudar al atribulado,
consolar al afligido.
Hacerse ajeno a la conducta del mundo,
no anteponer nada al amor de Cristo” (RB 4,14-21)

Es como el final del listado de todos los instrumentos de las buenas obras, cuando Benito resume todo precepto y consejo invitándonos a la esperanza invencible en la misericordia de Dios: “Y jamás desesperar de la misericordia de Dios” (RB 4,74).

En mi estampa de la Profesión solemne, puse estas dos frases: “No anteponer nada al amor de Cristo” y “Jamás desesperar de la misericordia de Dios”. Creo que es importante no separarlas, y dejar que se iluminen mutuamente, iluminando todas las demás tareas relativas a nuestra fe y a nuestra vocación.

El amor de Cristo, que hemos de preferir a cualquier otra cosa, es Su amor por nosotros, pero también nuestro amor por Él. Aún más, es Su amor por todos. Y la misericordia de Dios, de la que no hemos de desesperar jamás, es la misericordia de Dios por nosotros y por todos, y Su misericordia por nosotros es la que estamos llamados a transmitir a todos. No debemos desesperar de que Dios tenga misericordia de nosotros, pero tampoco de que Dios nos conceda ser misericordiosos para con todos, por ejemplo, con nuestros enemigos. En efecto, este último instrumento de las buenas obras viene inmediatamente después de dos instrumentos sobre el amor a los enemigos:

“Orar por los enemigos en el amor de Cristo.
Hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia.
Y jamás desesperar de la misericordia de Dios” (RB 4,72-74)

Podremos resumir que estamos llamados a no preferir nada al amor de Cristo (RB 4,21.72a), rezando por la reconciliación de todos y con todos (RB 4,72b-73), con fe y esperanza totales en la misericordia del Padre (RB 4,74).

Y en esto me parece que se sintetizan toda la Regla de san Benito y la vocación cristiana, que nos llama a ser en el mundo personas y comunidades en las que la misericordia del Padre se encarna en la caridad, como en Jesucristo, que nos ha amado hasta la muerte y una muerte de Cruz.